

LA PUERTA VENTANA - 2 do premio Concurso Bienal Internacional Campana Amanecer Literario

Martín Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

LA PUERTA VENTANA

Abrí la puerta ventana, cerré los ojos y disfruté de aquellos primeros rayos de sol que calentaban mi rostro. Respiré profundo frotando mis manos, mientras me mantenía inmóvil deleitando el momento.

Un nuevo amanecer, un nuevo día que enfrentar. Tenía toda la vida por delante, el optimismo inundaba mi alma. Era una de esas jornadas donde comenzaba sintiéndome invencible, como si nada ni nadie pudiera contrariarme o hacerme sentir desdichado. Volví la mirada al cielo blanquecino, estaba listo para la desafiante rutina de ejercicios físicos.

Inicié elongando los músculos de las piernas e inmediatamente continué con pequeños saltos en el lugar. Coloqué con firmeza los auriculares deportivos en mis orejas y di play al reproductor de mp3 en el teléfono. "Spaghetti del Rock" de "Divididos" comenzó a sonar a un volumen moderado. Complejos versos que nunca pude entender, llenaron dulces sinfonías que relajaban mi alma. Suaves pasos rebotaron sobre cada nota haciéndome flotar sobre el duro pavimento. Inmejorable estreno de práctica deportiva, aquella placentera mañana fría de invierno.

Con urgencia tenía que calentar cada fibra muscular de mi cuerpo o las agujas congeladas del aire no me dejarían de torturar. Las profundas y movilizadoras notas musicales explotaban contra mi motivado cerebro. Vívidas imágenes de las anheladas metas a conseguir, aliviaban mi confuso andar.

Llegué al sector de espacios verdes. La ronda atlética tomó intensidad. Árboles a la derecha, la ruta a la izquierda y un angosto sendero zigzagueante de tierra seca, por delante.

"De Música Ligera" de "Soda Stereo" sonando en mis oídos. El ritmo fue incrementando. Una osada melodía de compases repetitivos era justo lo que necesitaba. Debía desterrar las cavilaciones y esta balada logró desunir el yo de mi otro yo.

Largos pasos golpeaban con fuerza la tierra estéril bajo mis pies, haciendo que las vibraciones de los impactos recorrieran mis huesos. Vitalidad en estado puro inundaba la sangre aletargada y mi corazón se dispuso a latir con fuerzas. El calor envolvió mi cuerpo para dar lugar a las incipientes

gotas de sudor que decidieron recorrer mi piel.

El primer par de kilómetros, donde el terreno era plano y suave, desapareció como por arte de magia frente a mis ojos. Las energías comenzaron a despertarse, cada vez iba más rápido. El viento helado acariciaba mis cabellos pero el sol compensaba las temperaturas. El vapor se desprendía de mi respiración como locomotora que transita eternas vías a toda máquina. Últimos metros para completar la mitad del recorrido. A toda velocidad hasta la plaza del barrio.

No podía detenerme inmediatamente, así que caminé en círculos durante unos minutos. "Balada del Diablo y la Muerte" de "La Renga", hizo su lugar entre las canciones del playlist. Magistral para bajar las pulsaciones elongando nuevamente. De repente y sin notarlo, los compases dieron lugar a oscuros pensamientos que crecieron espontáneamente hasta acechar mi endeble espíritu. Tenebrosos paradigmas se mostraron estoicos, idénticos a aquellos de los que venía escapando.

Transpiraba ríos de agua salada. Mis ropas hervían, desprendiendo gran cantidad de vapores al aire común. Ejercicios de brazos, abdominales y espalda complementaron la tarea, manteniendo en vilo a la huida. En mi controlé el tiempo, la distancia, el recorrido. Era momento de partir. Decidí cambiar la canción, necesitaba un enérgico compás musical para retomar el paso.

"Pruebas" de "Carajo" era perfecta. Estallaron los acordes y los gritos de Marcelo Corvalán los siguieron. Mis piernas volaban por sí solas. El salvaje ritmo junto al simbolismo oculto en cada oración, hacían correctamente su trabajo. Inspiración directa al corazón. Bronca, tristeza, deseo, conjugados en un mismo mensaje que penetraba mis rebeldes entrañas.

En segundos estuve en velocidad camino a casa. Resolví correr por la hierba alta para darle mayor esfuerzo a los músculos. Las pantorrillas comenzaron a quemar, lo disfrutaba. Di saltos y pasos transversales para que trabajara todo mi sistema motor. La vuelta estaba siendo mucho más rápida que a la ida, pronto llegaría a la intersección donde me gusta desviarme para transitar unos senderos llenos de desniveles.

La breve pero aguda pendiente ascendente se hizo sentir en los cuádriceps. Lentamente mis piernas empezaron a doler. Estaba en el punto máximo de mi capacidad física. Éxtasis de un dolor añorado. Disfrutaba la persecución del sufrimiento.

Manso descenso y pequeño relax corporal. Aminoré poco a poco la marcha buscando recuperar energías. "Bicho de Ciudad" de "Los piojos" inició en el reproductor. La letra me desnudaba, me exponía casi describiendo la disputa interior que me oprimía. Era la perfecta conjunción de mundana poesía e hipnóticos acordes, para disparar mi ilusorio merodeo. Místico

combate que intentó alejar esos pensamientos derrotistas que giraban sobre mí. Intensas voces ficticias de ruego imaginario pretendiendo detenerme. Camina por favor, camina... Repetían incesantemente.

Reconocí el tosco monolito de hormigón como hito del tramo final. El último kilómetro de carrera contra mi propio yo. Aquellas limitaciones se mostraban indemnes, quieren atacarme con violencia. Descomunales batallas internas intentaban devorarme.

Interrumpí la dulce melodía y presioné la tecla de avance para darle espacio al tema: "Plan B" de "Catupecu Machu". El crudo bombo, la guitarra distorsionada y los alaridos del cantante Fernando Ruiz Díaz, eran la motivación que necesitaba. Sentía como si las palabras que escapan a la ríspida garganta del intérprete, fueran dedicadas a mí personalmente. Me hablaba directo al humillado ego, a mi sangrante orgullo herido.

Una gran subida yacía frente a mí, me predispuse para enfrentarla a toda velocidad. Sentía la deformación del calzado, el impacto en los cartílagos de mi rodillas, el vibrar en mis caderas y mis pulmones agigantarse dentro del pecho. El potente ritmo cardíaco se fusionaba con las armonías del duro rock and roll en mis oídos. Música, cuerpo, mente y camino. Cuatro en uno. La combinación es preciosa e ineludible.

Mis músculos eran brazos incandescentes que roían mis huesos. El ardor dejó de ser placentero para transformarse en un dolor del real. Uno como aquel buscado al romper las barreras propias durante un arduo entrenamiento deportivo. Un ansiado malestar positivo.

La transpiración cubría mis ojos y me dificultaba severamente la visión. Ya faltaba poco, tenía que aguantar. Mi cuerpo se desenvolvía automáticamente, ya no controlaba los movimientos. Mi mente se desconectó por completo de la realidad. Voló escapando desesperadamente y se escondió.

"Tanto Amor" de "Massacre" interrumpió el momento extra corporal. No conseguí evitar cantarla, retomando el equilibrio y los principios de la cordura. Como un certero cachetazo divino, la canción trasladó mis pensamientos directamente hacia todas esas personas que amo. Ahora, sin lugar a dudas me entregué al mundo, a la cruel realidad que me tocaba vivir.

Caminaba con las manos en la cabeza. Me costaba mucho respirar, el calor me agobiaba. Caminaba y caminaba, no podía parar. Nuevamente daba círculos en búsqueda de recuperación muscular. Me sentía bien, me sentía vivo, me sentía completo. Tomé la botella de agua para beber dando pequeños sorbos. Controlé el recorrido, el tiempo y la distancia por

última vez. Todo salió de acuerdo a mis planes.

Volví a la puerta ventana, cerré los ojos y respiré profundo. Me cubrí el rostro unos segundos de los penetrantes rayos solares. El intenso frío se hizo sentir de nuevo, pero esta vez con mayor intensidad.

Apagué el reproductor musical. No me quedaba otra que afrontar mis nuevas circunstancias. Día a día, irónicamente un paso a la vez. Mi proceso, mi momento. Junté coraje, descubrí mis facciones para encandilarme con la inevitable iluminación astral, la constante confirmación de estar vivo.

Con ambas manos hice girar las ruedas. Varias maniobras en el mismo lugar para conseguir ingresar a la casa y sin querer, con la silla golpeé el marco metálico de la abertura. Mi esposa se sobresaltó con el fuerte ruido que estremeció la puerta ventana. Sin embargo, me miró con una profunda mezcla de amor y preocupación. Conocía en detalles que mi mente transitaba por retorcidos rincones imaginarios.

Algún día estos viajes inmateriales podían llegar a terminar mal. Ella lo sabía, les temía, pero no los negaba. Eran parte de ese necesario pleito con la errónea estructura social consentida y mis intrínsecos demonios. La verdadera carrera de la aceptación interior.